

«Al poder no le gusta que se desarrolle el espíritu crítico»

Ángel Lafuente Zorrilla
Profesor y experto en oratoria

CLARA RODRÍGUEZ MIGUÉLEZ

PALENCIA. Ángel Lafuente Zorrilla nació en Palencia en 1942. Se convertiría en filósofo de profesión, pero fue como escolar, en Carrión de los Condes, cuando se encontró cara a cara con el que sería su pánico más visceral, el miedo escénico. Sin embargo, con aquella experiencia de choque conocería también al amor de su vida, a 'su chica', la palabra hablada. Para hablar en público propone un exitoso modelo basado en el 'placer escénico'. Lo enseña asentándose en el amor propio y en lo que él llama la «personalidad imbatible».

—¿Disfruta usted mismo cuando imparte su curso, 'Cómo hablar en público, y siempre, con eficacia y con placer escénico'?

—Sí, disfruto del mayor placer intelectual y vital con ello. La finalidad de mi curso, en realidad, no es hablar, sino comunicar. Pretendo convencer a mis alumnos de que merece la pena conquistar este placer y de que sería lamentable no hacerlo. Este curso no cambia la personalidad, claro, pero sí que la consolida, a base de quitarla de una educación bienintencionada pero castrante.

—Habla de que el sistema educativo invisibiliza «las dos carreras imprescindibles»... ¿cuáles?

—El sistema educativo universal nos birla la posibilidad de contar con una personalidad imbatible y con el dominio de la palabra hablada. Es cierto que en otros países los niños hablan en público desde pequeños, pero el caso es que he tenido muchos alumnos

extranjeros, y tampoco habían oído hablar antes de esta base de autoestima que es fundamental para la comunicación. Cada individuo debe ser lo más sagrado que existe para él mismo: el más digno de respeto, de tolerancia, de perdón y de amor.

—¿Por qué sostiene que la mayoría de la gente no sabe dialogar?

—Dialogar supone que dos personas se transmitan sus ideas respecto a una cuestión desde posiciones firmes, pero no inamovibles. Tras un proceso de larga y madura reflexión, si tras este diálogo concluyesen que el otro tiene razón en algún aspecto, su obligación moral sería cambiar de opinión. Dialogar se está confundiendo con conversar, debatir, discutir y hasta con negociar. La gente es muy insegura, y para poder dialogar siempre hay que estar bien asentados en esa conciencia de dignidad y amor propio, de manera que no haya que aferrarse a cosas como la patria, el equipo de fútbol, la clase social o el credo. Promover ese espíritu crítico levanta ampollas y no puede gustar al poder. Pero ni al civil, ni al militar, ni al religioso, ni al económico.

—¿Qué despiertan en usted sus raíces y su tierra?

—Proengo de una familia modesta, soy el mayor de doce hermanos. Tenía muy buena relación con mi hermano Javier, que era el segundo, y siempre me esperaba en la estación cuando volvía a Palencia, así que desde que murió, la ciudad se ha vuelto un poco triste y nostálgica para mí. Aún así, es una tierra a la que quiero



Ángel Lafuente Zorrilla. EL NORTE

muchísimo. En Palencia hay buena, muy buena gente, y de alguna manera, más que solo la catedral, yo diría que toda ella es una bella desconocida.

—Y en relación con Palencia o con Castilla y León, ¿a quién destacaría como buen comunicador?

—Un magnífico comunicador que tenemos en Castilla y León es Peridis. Además de ser un hombre muy culto, posee un encanto personal extraordinario y también un agudo sentido del humor.

—¿El miedo escénico es miedo a quien analiza?

—Sí. Si alguien se sube a un escenario y no hay nadie más en el teatro, puede sentirse ridículo, pero no sentirá miedo. El miedo escénico empieza cuando el público escucha y se piensa en el qué dirán. El miedo escénico es miedo al juicio ajeno, y tiene que importar más qué pienso yo de mí. No es que haya que despreciar el juicio ajeno, todo lo contrario, pero será siempre secundario, aunque en la crítica puede estar la verdad que me falta a mí por conocer.

—Usted mismo superó un trauma personal para hablar en público. ¿Este tipo de miedos se pueden enfrentar siempre?

—Yo descubrí mi terror escénico con diez años y no tenía ni idea de

cómo superar mi trauma. Admiraba a las personas que dominaban la palabra todos los días y empecé a observar cómo hablaban profesores y predicadores. Más tarde puse un anuncio en ABC para empezar a impartir todo lo aprendido, y fui perfeccionando el método. En el placer escénico llevaré unos 30 años. Pero claro, hay bastante gente con un pánico terrible, no hago milagros. Hablo de la solución, pero para beneficiarse de ella tienen que barrer los prejuicios y aceptarla primero, y comprendo que cueste.

—Ha mencionado a menudo el silencio y las pausas como herramientas. ¿Y los gestos, sirven o estorban?

—En torno al peso de la imagen estoy en absoluto desacuerdo con algo muy repetido ahora, que sostiene que cuando hablamos, apenas el 7% de la comunicación deriva de la palabra. Según esa teoría, en una conversación casi todo depende de los gestos, el tono de voz, el entusiasmo... Claro que el cuerpo quiere moverse al ritmo del alma, reprimir el gesto es un atentado contra el equilibrio mental de la propia persona, pero la palma comunicativa se la lleva la palabra. Más allá de eso, el silencio para mí ha sido todo un des-

cubrimiento, va unido al dominio de la palabra y es necesario para captar las ideas. Me gusta cambiar una frase bíblica: en vez de decir que en el principio era la palabra, cito que en el principio estaba el silencio.

—Ahora, a la fuerza, prima lo telemático: reuniones, enseñanza, videollamadas... ¿En qué puede suplir lo virtual a lo presencial y en qué no?

—Lo presencial es lo presencial y no hay forma de sustituirlo. Pero la presencia se puede compensar en gran medida, así que para la mayor parte de funciones de la comunicación sirve. Pienso que lo virtual se impondrá, por la economía en tiempo y en dinero que supone. Lo que sí noto es que en este momento existe un rechazo a lo virtual, por falta de costumbre y porque hay un deseo de que esta situación termine.

—En una crisis como la del coronavirus, ¿cuál sería la labor más importante del periodismo?

—El periodismo debe centrarse en su base, la búsqueda de la verdad, y en transmitirla con la máxima objetividad posible. En este momento tan crítico no se puede olvidar de la denuncia, ni de hacer que la población madure o que el pensamiento libre predomine.

«Reconocer un error desde la inseguridad es muy complicado»

C. R. M.

—Ha educado a algunos altos mandos y famosas, pero no siempre sacan partido al curso...

—Casi nunca sacan partido de él. Hay muchos casos distintos, pero si se prescinde de su mando, la gente no deja de ser insegura. A menudo ver a un don nadie seguro de sí mismo produce rechazo, pero también entra un estar aburrido, un modo de ser dogmático,

que en muchos casos se traduce en preferir que lo dejen a uno como está. Reconocer el propio error es complicado desde esa inseguridad.

—En contraposición también cuenta que ha enseñado a prostitutas o a presos. ¿Ellos saben sacar mejor partido de un refuerzo de la personalidad?

—Por ese lado no he tenido tantas experiencias, eso es cierto, pero sus situaciones vitales pueden ser

muy duras y no lo sé, quizás sea eso lo que les hace más sensibles. Siempre me acuerdo de una charla que di en la cárcel de Segovia. Cuando íbamos a empezar, estaban hundidos en sus asientos o en corrillos, así que comencé a voz en grito: '¡Usted, señor, usted que está aquí pudriéndose vivo, usted es lo más sagrado que ha parido madre, y ni presidentes, ni el Papa, ni el rey, son superiores a usted en dignidad!' Me emociona decirlo, porque incluso empecé a ver levantaban las cabezas a cada frase. Al final de la conferencia me abrazaron uno a uno, y jamás nadie me ha abrazado con más agradecimiento.

www.plenitudsocial.es

Plenitud
Social

LIMPIEZA HOGAR

Geriatría - Atención de enfermos
Ayuda a domicilio - Interinas
Atención y cuidado de bebés y niños
Selección de personal

EMPRESA ACREDITADA PARA LA LEY DE DEPENDENCIA

C/ Mujer Palentina, 4 bajo (antigua Conde Vellellano)
979 743 650 - 610 215 879 plenitud@plenitudsocial.es